



LA MÁS JUGOSA
DE LAS PALABRAS

Asel María

LA MÁS JUGOSA
DE LAS PALABRAS



Primera edición: julio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Asel María

ISBN: 978-84-19899-28-6

ISBN digital: 978-84-19899-29-3

Depósito legal: M-22786-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Aitana son todas las palabras

La más jugosa de las palabras

Cuando se teclea la palabra «sexo» en cualquier navegador de Internet, una oleada de propuestas inunda la pantalla. Muchas veces me he preguntado por qué escribí precisamente esa entre tantas palabras posibles.

Desde el 2004, Mark Zuckerberg había dado a luz a Facebook, pero yo no me había enterado. Tampoco sabía que en el 2007 Steve Johnson simplificó el mundo y se lo puso en la mano a la gente en forma de *smartphone*, ni que la Wikipedia contenía toda la información, que todos los videos estaban en YouTube, los libros en Amazon, la música en Spotify, ni que toda la reserva de silicona se encontraba en Pornhub.

La separación era un hecho: Charlie se había ido para Australia, yo me despedí de los privilegios de una economía compartida e hice las compras en mercados baratos. Comencé el cambio por la cocina: me deshice de galletas y de cereales azucarados. Invertí en cremas antiarrugas, antiojeras y anticelulíticas. Seguí con el ropero y tiré los trapos pasados de moda, me urgía desnudarme de complejos, deberes y hasta de derechos. Con perdón de las generaciones de mujeres que habían luchado por obtener el derecho al voto, intenté venderle el mío al vecino de los bajos por un billete de 100. No me interesaba la política.

Hice inventario a mi cuerpo. Extremidades: el tobillo derecho solo me dolía en invierno. Tronco: a pesar de la época de comida transgénica y cancerígena, aún conservaba los dos senos, se bamboleaban al caminar, pero nada que no remediara un buen suje-

tador. Y con la halagüeña noticia del ginecólogo, que me declaró apta para cualquier batalla, ignoré totalmente la cicatriz y la grasa perpetuada en mi abdomen. Cabeza: con un poco de paz y mascarillas de aceite de coco había superado la caída del cabello y los antidepresivos tocaban en dosis cada vez más reducidas. ¡Estaba sana como una vaca!

Seis semanas para mí, lejos de Charlie y de las obligaciones del trabajo. La escuela permanecería cerrada casi todo el verano; yo había acumulado muchísimas horas extras y con el dinero que tenía me podía permitir alguna que otra escapada. Pero no me apetecía moverme.

Dicen que la vida, para que sea plena, debe incluir la triada «hijo-árbol-libro». A mis 40, un hijo todavía era un sueño posible. Durante mi juventud en Cuba, planté tantas de semillas de café y de tomates que, en conjunto, podrían contar como un pequeño bosque. Para completar la triada, se me ocurrió que en esas semanas podría escribir una historia liberadora; hasta ese momento toda mi vida reunía los ingredientes de un folletín.

Entonces me hice el regalo: un ordenador portátil de segunda mano, el primero de mi vida. Se convirtió en mi espacio privado. No me importaban los peligros de Internet, yo no tenía información que ocultar, dinero que proteger ni autoestima que exhibir. Mi ordenador fue habilitado e infinidad de condones electrónicos lo protegieron contra las infecciones. Google, Gmail, Facebook, Instagram y el centro del mundo se instalaron en mi habitación.

Acomodada ante la pantalla, esperé a que las musas, esas novias indisciplinadas, se dignaran a aparecer. Pero no llegaron, ni siquiera después de invocarlas con un litro de café.

Yo me impacientaba, necesitaba teclear la historia de mi vida para poderla olvidar.

Sexo

Google me sorprendió con infinitos resultados de historias, fotos, videos, blogs, labios y cuerpos en Badoo, C-Date, Victoria-Milan, Edarling, Partnership, B2, CupidMedia. Jamás imaginé la existencia de esos antros virtuales que gestionan antojos de toda índole: amor, amistad y contactos sexuales descomplicados al alcance de cualquiera que tenga un ordenador.

LatinAmericanCupid es un sitio para solteros de América Central y del Sur; hijo mulato del gigante australiano CupidMedia que agrupa a 35 millones de usuarios: cristianos, gays, musulmanes, negros, caribeños o militares buscan sus almas gemelas que pululan en los «vecindarios» de GayCupid, ChristianCupid o MilitarCupid; todos apellidados «.com».

El primer paso era crearme un perfil de usuario. Me sedujo la posibilidad de reinventarme.

Escoger un nombre en la vida real es un asunto serio, pero para navegar en LatinCupid, uno puede llamarse como se le antoje: Shakira, Marilyn o Cleopatra. Se vale añadir símbolos y números: el 69 es muy popular, lo llaman el número de la felicidad. El nombre Eva me fascina porque evoca la pérdida de un paraíso para ganar otro, más sabroso aún. Pero el LatinCupid estaba atestado de Evas. Entonces intenté con Circe y el sistema lo aceptó.

Circe nació a las 9 de la noche ese 20 de junio del 2019. Así de simple.

Debía exponer mis datos personales, pero no era el típico CV que exige diplomas y trayectoria de trabajo.

Edad: 40 (estuve tentada a eliminar la última década).

Color de piel: blanca.

Estatura: 172 cm (siempre quise ser un poco más alta).

Peso: 60 kg (... y también más delgada).

Atractivo físico: podía escoger entre bajo, medio o alto; por supuesto, escogí alto (y ni yo misma me lo creí).

Una noche de pasión, una relación formal, el amor romántico, el amor que se cobra y se paga, tríos, grupos, parafilias. La cabeza me dio vueltas mientras intentaba completar la casilla; todo me asustaba y a la vez me apetecía. El término «*one night stand*», hasta ese momento desconocido, tenía su toque chic; significa «polvo de una noche». Lo seleccioné y fue como si, de golpe, dejara atrás el sentimentalismo que tanto dolor me había causado.

Hombre. Mujer. Hombre y mujer. Hasta ese momento no había pensado en una persona palpable y posible, como si explorar el mundo virtual fuera una necesidad que mi alma podía resolver sin carne de por medio.

Seleccioné la casilla «Hombre». En ese instante pensé que era posible encontrarme a Yovana en las redes.

—Con ella nunca se sabe —me dije y seguí rellenando el formulario cartesiano y exacto, como el de las aduanas.

Como si resolviera un puzle, construí mi Frankenstein: alto, musculoso y de ojos verdes, como los de Rauli. Al final, uno siempre vuelve a sus vicios.

Bajo el seudónimo de Circe, abrí la categoría de edad más amplia que permitía el sistema: entre 18 y 88 años; no pretendía comprender la psicología masculina en tan solo seis semanas. Lo que en verdad me apetecía era comprobar la teoría de los 12 tipos de orgasmos femeninos y usar mi infraestructura corporal para un buen repaso del *Kamasutra*. Me urgía recalibrar mis obsoletas armas de seducción.

Solo faltaba un detalle para que Circe existiera oficialmente en las redes: un atractivo mensaje en su perfil de usuario, su carta de presentación. Pensé en escribir un par de frases profundas, pero no se me ocurrió ninguna y ya casi llegaba la mañana.

Así que lo hice simple y escribí una sola palabra, mi favorita:

«Sexo».

La más jugosa de todas las palabras.

Cámara

Siempre me gustó pasearme desnuda frente a las ventanas. Cuando muestro mi cuerpo a través de la cámara, recuerdo que Isva fue el primer hombre que me vio desnuda cuando era casi una niña. Puede ser que la expresión inocente que viene de evocar los recuerdos de la adolescencia sea lo que los enciende al otro lado de la cámara. Más que verlos a ellos, lo que me fascina es mirarme: quitarme cada pieza de ropa y que el cabello me cubra solo lo justo.

Siempre tuve una fantasía recurrente: tres bocas acariciándome los senos y el sexo al mismo tiempo; tres puntos funcionando al unísono. Me acaricio los pezones con un movimiento circular como si activara dos interruptores del placer. Los ojos que me miran al otro lado de la cámara completan la trinidad y se clavan en mi sexo, completándome.

A la deriva

Había recibido más de 200 solicitudes de amistad, mensajes, peticiones de fotos y un carnaval de caritas sonrientes, corazones, besitos y mil cursilerías electrónicas. Entre muchos otros, me habían visitado Ulises 31, Voltus5 y Drácula; los sugerentes Hotlover, Sexyboy, Latin-soul, Atila, Australian-fire y DonJuan. Del zoológico de las ciberfieras olisquearon mi perfil el CaballoGrande, el Minotauro, el Centauro, el Tigre, el Rey León y Lagartija-comestible, además de un par con intereses culinarios: Sexbanana y Frutasporelano.

Navegar en LatinCupid podría concebirse como la variante digital de irse de tiendas en una ciudad bien movida como Barcelona, Milán o la mismísima Habana. Cuando se busca un amante a la medida, al contrario de cuando se busca ropa, la talla pequeña es la menos apetecible. LatinCupid me mostraba los músculos, pieles bronceadas, calvas, barbas y bigotes de miles de tipos que posaban en cualquier ciudad del mundo, lo mismo frente a la Torre Eiffel que en el baño de su casa.

Frente a la pantalla encontré mi nuevo lugar en el mundo, la red devoraba las horas como si fueran segundos. Mientras curioseaba, no precisaba ni siquiera del civilizado acto de vestirme.

Todo comenzaba con un guiño electrónico, cuando alguien quería establecer contacto se encendía un bombillito verde. Le había dejado el mando a Circe; le di luz verde para que se convirtiera en la mujer que yo quería rescatar, la que tomaba las iniciativas. Ella escogía con cautela, detrás de cada usuario podía esconderse

un placer o un peligro, en otro continente o en la misma esquina de la casa.

—Hola, Ulises31.

—Hola, Circe. ¿Dónde vives?

—En Barcelona —mentí, pero Ulises31 no podía darse cuenta—. ¿Y tú qué edad tienes?

—31 —era obvia la respuesta.

—Yo 40.

—Disculpa, Circe, pero busco mujeres más jóvenes y tú estás pasadita —se sinceró inmediatamente y se desconectó.

No me lo tomé a pecho, pero en los siguientes segundos le sustraje diez años al perfil de Circe.

Por puro accidente, logré uno de los sueños del ser humano: estar en dos lugares al mismo tiempo. No sé bien qué hicieron mis dedos con el teclado para que AmanteLatino y Drácula se situaran en mi pantalla, en dos ventanas abiertas una al lado de la otra, como vecinos de un mismo edificio que no se podían saludar. Uno era romántico y el otro agresivo, uno vivía en Chile y el otro en México. Los dos tenían en común unas faltas ortográficas que producían el mismo efecto que conversar, cara a cara, con alguien de mal aliento. Los ignoré por completo, ese vaho maloliente no cabía en mi perfecto y recién descubierto mundo virtual.

Los bombillos verdes del chat parpadeaban a más no poder, desde mis 18 años no había estado tan solicitada. Tomar la iniciativa se le había hecho a Circe una manera de vivir.

—Hola, Atila 50.

—¿Qué ropa tienes puesta? Enséñame todo, ¡dale!

—¿Dónde vives, Atila?

—¡Pon la cámara!

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—¿Te gusta el 69?

—¿Tienes 69 años?

—Tengo 25 y también tengo una lengua muy larga.

—¡Eso significa que eres un buen conversador!

—Circe, ¿de qué planeta caíste? ¿Quieres que te enseñe lo que tengo en la mano? —me envió una imagen sin esperar mi respuesta.

Existe una antigua creencia de que la piel del glande de los hombres menores de 30 es brillante y la de los hombres maduros totalmente mate. La de Atila, en su *close up* absoluto, lucía opaca como una bombilla con el filamento quemado. Había mentido sobre su edad o la leyenda estaba equivocada. Necesitaría muchísimas fotos para confirmar la teoría del glande luminoso.

Cuando los primeros autos del día arrancaron los motores, fue que Circe se despidió. Se apagó un bombillo verde en el ciberuniverso, pero nadie lo notó. Yo estiré la espalda y apagué el ordenador, tan exhausta como si hubiera bailado toda la noche en mi fiesta de graduación.

Isva

Habíamos crecido juntos, retozando bajo los aguaceros de verano. Hasta que una vez, apenas sin darnos cuenta, bebimos el agua de lluvia en la boca del otro. Ese contacto húmedo cambió de golpe la temperatura de mi cuerpo, al punto que había días que ni siquiera soportaba el roce de la ropa y caminaba desnuda por la casa. Su ventana quedaba justo frente a la mía.

Una madrugada me levanté de la cama, desnuda y en puntillas de pies crucé toda la casa. Bajé las escaleras, abrí la puerta y desnuda crucé la calle. La madrugada me arropó la piel. Al pie de su ventana llamé a Isva hasta que, por fin, se despertó.

Caímos en el colchón sin hacer ruido. Las persianas entreabiertas dejaron entrar hilachas de luz. En el idioma de la lujuria nos dijimos las obscenidades deliciosas que no podían convertirse en palabras a esa hora de la madrugada: el placer, cuando se vive callado y amordazado, se disuelve en el cuerpo como el almíbar recién cocido.

A partir de esa noche, nos buscábamos como locos. Me untaba el cuerpo con una mezcla que yo misma preparaba a base de miel de abejas y canela. Isva me esperaba en su cama sin pegar un ojo. No sabíamos de lencería ni de juguetes sexuales y nos hacíamos moretones en la piel a fuerza de besos y mordidas.

Terminábamos tan exhaustos que, muchas veces, nos quedábamos dormidos hasta bien entrada la mañana. Entonces Isva me buscaba una muda de ropa de su abuela Catalina y esperábamos a que la calle se despejara para que yo saliera de la casa sin que me

viera nadie. Ningún vecino notó la blusa talla XL ni la falda a cuadros que solamente se atreven a usar los escoceses y las abuelas.

Crecimos despacio hasta que nos separaron kilómetros, nuevos amigos y parejas eventuales. Yo comencé a estudiar para técnica de laboratorio químico: recién descubría el milagro de las reacciones químicas y las fuerzas que enlazan a los elementos para que resulten piedra, hoja o agua. Mezclar las sustancias y seguir las reacciones se acercaba al placer de cocinar, condimentar o preparar el ungüento de canela y miel con que aliñaba nuestras noches de amor.

Isva ingresó en la Facultad de Ingeniería Mecánica en la Universidad de Granma. Tardaba semanas en aparecer por Manzanillo, la mayoría de los fines de semana se quedaba en la universidad o iba a Santiago de Cuba con su nuevo amigo Alberto. La ventana de su habitación permanecía cerrada.

Pero, algunas noches, la luz de su cuarto se encendía y mi cuerpo se prendía también. Delante de la gente apenas nos saludábamos, pero los dos sabíamos que la madrugada nos preparaba una fiesta íntima. Yo me demoraba a propósito, me gustaba verlo desesperar y dar vueltas por la habitación como una fiera que olía a su presa. Cuando no aguantaba mi propio deseo, iba a su encuentro. Nos acariciábamos con violencia, como si nos odiásemos.

Jamás intercambiamos una llamada telefónica. No precisábamos de noticias mientras estábamos ocupados con nuestras vidas, ni siquiera cuando salí embarazada y decidí no tener al bebé. Después del hospital, caí directo en mi cama hasta el día siguiente.

Por la noche hubo luz en la ventana de Isva. Había llegado mientras yo dormía. Algo palpitó dentro de mí, dolió y volvió a palpar. En cuanto se apagaron las luces del vecindario, yo estaba desnuda en su cama. Le di la espalda y lo guie para que entrara despacio por donde la carne es más apretada.

Del ciberespacio al sándwich de atún

La aventura comienza con el ritual de la ducha. El sándalo o el pachulí vienen bien si apetece ser deseada desde lejos. Los aromas frutales, en cambio, provocan el antojo de chupar y lamer. La modernidad detesta a las mujeres peludas, por eso dejé que una fina línea de vello marcara el camino hacia mi vientre.

Adoro a Circe, esa mujer que explora lo desconocido con el mismo desenfado con que va a por leche al supermercado. Yo quería sentirme poderosa, recuperar el control; el placer del cuerpo sería poco más que un sabroso efecto secundario. Como las primeras frases definen el sabor de una cita, Circe escogía, con deleite, el vestido y las palabras.

Frente a una cerveza sin alcohol en un bar de la vida real, TIM24 me pareció mucho más guapo que en las fotos. Lucía demasiado joven para su edad y muy seguro de sí mismo: el chico perfecto para el gran debut de Circe.

TIM24: Montador de ventanas de cristal

Busca: *One night stand*

Por dos semanas se habían escrito mensajes tan atrevidos que la propia Circe decidió romper el hielo del mundo virtual y propuso un encuentro. La ropa oscura me hizo adelgazar un par de kilos instantáneamente y los zapatos de tacón compensaron la diferencia de estatura con la información de perfil.

Después de su segunda cerveza sin alcohol y mi segundo martini, supe que vivía con su hermano menor, TIM22, quien también

residía en LatinCupid. Sin avergonzarse, me habló de sus experiencias, similares a las de su hermano y las de muchos de su generación, donde los amarres sustituían a las caricias y las chicas tenían las piernas atadas con una cuerda como pollos para asar. Su héroe era un tal Grey, guapo y lleno de perversiones.

No me interesó su estilo: no me imaginaba a mis 40 años colgando como una gallina de supermercado a merced de los antojos de nadie. Así que apuré el resto del martini y me despedí.

El aire arrogante de TIM24 desapareció como por encanto. Pidió otra cerveza, esta vez con alcohol. Bebió dos tragos inmensos antes de sacar de su bolsillo un manoseado librito que resultó ser un manual de sexo para principiantes. Las páginas estaban abarrotadas de apuntes y algunos párrafos resaltaban en color fosforescente: besos, abrazos, caricias, masajes. Él quería practicar sexo romántico, pero el par de chicas de su edad con quienes había intimado se extrañaban de que él no les apretara el cuello. Una de ellas se ató, ella misma, a la cama. ¡Como si el mundo del tal Grey fuera la regla y no la excepción!

Yo tenía todo el tiempo del mundo y nada que perder. Además, había puesto un par de condones en la cartera. El sexo con condón viene a ser la variante erótica de la cerveza sin alcohol: se goza, pero deja con sed. En medio de la modernidad, rica en látex, en trucos y en falsas cervezas, vi mi oportunidad de ayudar a ese chico de boca carnosa, experto en nudos de marinero, pero analfabeto en el amor.

Mientras él buscaba en su celular la dirección de un hotel, pedí otro martini. Lo saboreé con deleite, anticipándome al placer de estar a solas con ese joven delicioso y comprobar la teoría del glándulo luminoso.

Nos besamos en el ascensor y no le solté la boca hasta tres horas después. Gocé su manera de chupar mis pezones y mi cuello. TIM24 seguía al dedillo las instrucciones del manual. Bajó por entre mis senos hasta mi vértice. Pero cuando el intrépido montador de ventanas sintió mi humedad, retrocedió espantado. Había

leído en su libro lo húmedas que se vuelven las mujeres. Pero no es lo mismo llamar al demonio que verlo llegar. La cara del pobre TIM24 se puso roja como un tomate. Los fluidos de mi sexo parecían asfixiarlo. No pudo más. Corrió al baño a lavarse y hacer gárgaras.

Volvió avergonzado a la cama. Le propuse jugar al siempre efectivo principio de las aproximaciones sucesivas. Primero debía acomodar la cabeza entre mis senos y quedarse tranquilo por tres minutos, para acostumbrarse a mi olor. El próximo paso fue acomodarla sobre mi estómago y dejarla ahí tres minutos más; después llevé su cabeza mucho más abajo, entre mis piernas, pero sin llegar a rozarme. Yo sentía su respiración cada vez más cerca y agitada hasta que, por una suerte de instinto, posó sus labios en la pequeña boca que tienen las mujeres, que ha de ser alimentada con frecuencia. Su lengua se movía con timidez. Cuando se relajó, lo sentí explorar, mordisquear y alejarse de nuevo. El juego se repetía. TIM24 respiraba hondo y ganaba confianza; volvía a acercarme la boca y se apartaba de pronto, dejándome temblando y de mal humor.

Cuando me aburrí, quise que tomara su sexo por la base, con las dos manos. Me lo ofreció erecto y tentador. Merecía la medalla de honor de la Orden del Glande Luminoso.

Después de una ducha, prendió un cigarro larguísimo y, recuperando su dudosa seguridad, me comentó su debilidad por los pies de las mujeres. Tal vez ese fetiche lo había leído en su manual o visto en la tal película de Grey, pero en ningún momento lo descubrí mirarme de la rodilla para abajo.

Lo mejor de ese viernes fue la imagen de mi cara en el espejo del baño: estaba iluminada y joven. No hay mejor ejercicio para el maltratado ego de una mujer que saber que en una cama la espera un hombre joven y lleno de deseo. Mientras me refrescaba y disfrutaba de mi propia imagen, fantaseé con el cuerpo de TIM24 y su glande luminoso apenas cubierto por la toalla, dispuesto a complacerme por otro par de horas. Salí del baño, excitada y en

forma. Él seguía acostado, en vez de su sexo me ofreció con las dos manos y sin rastro de morbo un enorme sándwich de atún. Con un trozo a medio masticar, preguntó si Circe era mi nombre de verdad y si yo tenía algún *hobby*.

—Cuando me aburro demasiado, salgo a comprar pijamas.

Mordí un pedazo de su sándwich para que lo terminara rápido y poder gozarlo de nuevo.

Regresé a casa fresca y sonriente, reconciliada con el mundo real. Esa noche, Circe no apareció en las redes.

Isva

Cada vez que Isva regresaba a la universidad, yo lo acompañaba hasta la estación del tren. Ese trayecto era lo único que compartíamos a la luz del sol: su cama y la madrugada eran nuestro país. Cuando el tren se retrasaba, podíamos conversar por horas, sentados siempre en el mismo banco. Yo le explicaba de reacciones químicas y él me divertía con las anécdotas de su padre Prudencio y su abuelo Cojoncio, quienes habían sido ingenieros mecánicos en los centrales azucareros Niquero y Grito de Yara.

El azúcar estaba incorporado a los genes de Isva y los recuerdos de familia. Una tarde de su juventud, el abuelo Cojoncio esperaba, al pie de un cañaveral, el camión que lo acercaría a Manzanillo. Disfrutaba de la nube dulzona que rodeaba al central azucarero cuando un sonido llegó desde la plantación. Aunque Cojoncio aguzó el oído, la súbita melodía se esfumó entre las cañas. Al poco rato, un soplo de brisa trajo un retazo de bolero. El joven se internó en el cañaveral, estaba seguro de que había escuchado cantar a Benny Moré. Pero el rumor de las cañas acentuaba la quietud y el hombre regresó a la carretera, dudando de sus sentidos. Cuando la música resurgió, el enfadado Cojoncio desenvainó el machete y, de un salto, salvó la distancia que lo separaba del sonido. En el suelo yacía un trozo de disco de vinilo: cada vez que el viento soplabla, la punta afilada de una hoja de caña rozaba la superficie del disco, arrancándole un bolero del Benny.

Entre historias y recuerdos se nos iban las horas de espera en la estación hasta que Isva se perdía en el tren y yo regresaba a mi casa.

El coleccionista

Esa noche, en vez de mi habitual infusión de yerbas, preparé un café fuerte. Circe anhelaba el insomnio.

—¡Qué ganas de largarme de Zaragoza! Esta ciudad me tiene harto. ¡Llévame contigo para Suiza!

Chano-007: Taxista nocturno y coleccionista

Busca: *dirty talk*. Fotografías

Chano-007 le escribió a Circe desde su celular cuando el semáforo cambió a rojo, en la esquina de Corona de Aragón y Fernando el Católico. En el asiento trasero, un turista dormitaba perdiéndose las vistas del trayecto a la estación de Delicias.

La gente se casa con una ciudad y después de un tiempo, aunque sus encantos no cambien, terminan por aburrirse. La ciudad, en venganza del olvido de sus habitantes habituales, le abre las piernas a los turistas como una mujer que ha bebido demasiado: se deja andar y desandar, incluso hasta en los barrios alejados del centro, descuidados y malolientes.

—¿Puedo pedirte algo indiscreto? —insistía Chano-007 desde la intersección de Fernando el Católico y Plaza España—. Me gusta todo lo que no se ve.

En cualquier momento, Chano-007 le hablaría de la Ley de la Atracción. Pero después de algunas sesiones de internauta, a Circe no le sorprendía nada.

En la siguiente luz roja, el taxista le confesó lo que más le atraía de las mujeres:

—Ojete, anillo de cuero, culete, botacaca, orto, zona de penalti, marrón, pardo, violáceo. ¡Mándame el tuyo para mi colección!

Chano-007 era fanático de ese rincón que, incluso con las piernas abiertas, se mantiene a la sombra: el oscuro objeto del deseo a donde nunca llegan ni el sol ni los besos.

La idea de tomarme tal fotografía y echarla a rodar por las carnerías de Internet no me pareció atractiva. La gente lo muestra todo en las redes sociales: la casa, la comida o la ropa son parte del espectáculo diario, solo faltaba exhibir lo que a Chano-007 le gustaba coleccionar.

—No, Circe, ese no es mi único *hobby*. Cada vez que puedo, me voy a explorar cavernas a Teruel, lo hago desde chico.

El café y la madrugada soltaron la imaginación: los antojos eróticos suelen tener orígenes bastante misteriosos. Visualicé a un Chano-007 delgado y sucio, atrapado en una galería estrecha totalmente oscura y húmeda.

—Por fa, Circe, nadie va a reconocerte.

Tenía razón; la técnica avanza a la velocidad de un cohete. Existen el reconocimiento facial y los pasaportes biométricos, pero no hay noticias de que identifiquen a las personas con una foto de sus partes más íntimas:

—El tuyo será el ejemplar 200.

Su galería digital contaba con 199 ejemplares naturalmente esféricos y tan parecidos entre ellos como los asiáticos, pero cada uno con su propio carácter: fruncidos o sonrientes, depilados y bigotudos, asombrados y dilatados, florales o estrellados. Secos o empapados, definitivamente solos. Nostálgica, rememoré los álbumes de familia de toda la vida. ¿Adónde iría a parar este mundo?

—¿Me envías la foto o no? —Chano-007 bordeaba en ese momento la Iglesia del Pilar.

—Ok, Chano, pero esto es dando y dando: te mando una foto del mío y me mandas una del tuyo. ¿Qué te parece? Una mano lava la otra y las dos manos juntas, pues no sé lo que lavan... Cuanto más limpio, más fotogénico. Ah, te advierto, tengo pelo.

Los semáforos de Zaragoza parecían haberse quedado en verde porque Chano-007 no volvió a escribirme, me bloqueó del chat en cuanto supo lo que yo pedía a cambio de su ejemplar 200. Seguramente él era uno de los millones de hombres que, por prejuiciosos, renuncian a su millar de terminaciones nerviosas.

Me intenté tomar un *selfie*, pero salía en penumbras. Ni siquiera con el *flash* logré una foto decente. Sin dudas me convendría un método de despigmentación, tan popular entre las estrellas del porno. ¿Por dónde Michael Jackson habrá comenzado su cambio de *look*? Esos tratamientos cuestan una millonada y yo solo podía permitirme mi tratamiento con sustancias naturales. Muchas veces le escuché decir a Yovana que la miel aclara la piel y, de paso, endulza todo lo que toca.

